

De oveja negra a pastor de almas



Ingrid Paola González*

ingragreen@hotmail.com

A un costado del palpitante de autos y luces de la glorieta en la Primera de Mayo, al sur de Bogotá, hay un barrio que está rodeado por otros tres, como el corazón de una gran manzana. Allí, en Santa Rita, en una casa de tres pisos con fachada de ladrillo vive un hombre cuyo rostro no parece haber recibido las descargas de su pasado ni revela su profesión, que se ejerce sin certificado o número profesional. Tan sólo requiere de un techo, un equipo de sonido con micrófono y una comunidad de oídos muy dispuestos y espíritus con hambre de escritura celestial. Él, Ricardo Pinzón, se crió en el barrio Quiroga en medio de la pobreza, de nueve hermanos y de un padre con ínfulas de boxeador, que sin lugar a dudas lo ayudaron a recorrer su vía crucis que, milagrosamente, terminó en resurrección.

Mientras consiento a 'Susy', su perrita *French Poodle* blanca, casi negra por el mugre, se sienta delante de mí en su sofá anaranjado y me cuenta que a los 16 años —hace 23—, comenzó a buscar la libertad y se le despertaron las ganas de disfrutar la vida: "*Me quedaba aquí en Bogotá por dos meses en mi casa y después hacíamos 'vaca' con unos amigos y nos íbamos para Cúcuta o Santa Marta*". Pasaba sus cortas pero divertidas travesías metido en la vida nocturna de las ciudades a donde iba y sin descartar la rumba bogotana. Una noche, en la discoteca Disco Fuego, después de unas tandas de ginebra, vodka, el equivalente de 20 dosis personales y unas pepas desconocidas —porque no preguntó de qué eran antes de consumirlas— amaneció en una casa de La Calera desnudo y con tres hombres obesos. Estaba conociendo mundo, probando mundo, la cocaína de Colombia para el mundo. Aún en esa época de blanca bonanza se requería muchísimo dinero para poder alimentar el vicio que iba acompañado de la obsesión por tener un cuerpo a lo Arnold Schwarzenegger.

▷▷ * Estudiante grado 11, Colegio Cultura Popular. Escritora, 17 años.
Taller Biblioteca Virgilio Barco.

♦ Al estilo de Eros Ramazzotti

Cultivaba la metrosexualidad, que lo acompañaba hasta en su sombra, con pócimas de colonias Cartier, Hugo Boss, 360 de Perri Ellis, entre otras del mismo estrato, además de la dependencia a los jeans *Levis* porque le hormaban de prodigio. “*Me gustaba el estilo de Eros Ramazzotti*”, dice, refiriéndose al cantautor italiano de 1.80 metros de estatura, cabello color niebla y un tatuaje en el antebrazo derecho, que interpreta música pop-rock y convive con una serpiente pitón, una gata y su soltería.

Un día, bajo el nauseabundo sol de la mañana que se ocultaba sobre las herméticas máquinas en el gimnasio Michelle de la carrera 30, unos personajes invitaron a Ricardo a vender su estético cuerpo. Tuvo que hacerlo porque necesitaba sostener su buena vida, sus *Levis*, y no tenía nada más en qué trabajar, porque al igual que muchos jóvenes de apenas 17 años, no sabía hacer absolutamente nada.

Trabajaba de día como instructor de gimnasia, pero ese sudado salario no se ajustaba a sus gustos. Y se prostituyó —en ese momento su grave voz bajó de tono y pronunció cada sílaba despacio, sin autocompasión—. De 8:00 a 12:00 p.m. se ofrecía en un prostíbulo llamado La Casa Victoria, que a los ojos ignorantes de cualquier transeúnte del barrio Teusaquillo pasaba por una casa de recuerdos coloniales y no por un grill VIP. En su acogedor ambiente de paredes color morado, salmón o lila, ofrecía lujosas habitaciones que tenían como uniforme un largo y cuadrado espejo en los techos, una sala con muebles negros donde se ubicaba la mercancía para que el interesado escogiera según su antojo: mujeres, niñas y muchachos.

Su primera cita fue espantosa y tuvo que drogarse con tres dosis personales de polvo blanco. Le tocó con un tipo fétido y gordo, de 55 años de edad, fino traje claro, blanco de tez y cochino por todo lo que hizo y deshizo con el cuerpo de Ricardo. Desde entonces sólo se drogaba cuando lo que se venía le parecía demasiado.

Con la abundancia de compradores, Ricardo pasó de vivir en el barrio Teusaquillo a El Polo Club, en la calle 85 con carrera 24 y al barrio Torres Blancas, en la avenida Circunvalar con calle 95. Convivió con dos amigos maquilladores, y como había hecho un curso de peluquería en la Academia Francesa, ellos lo introdujeron en el mundo del maquillaje y del “visagismo” (un estudio que detalla las formas del rostro, volúmenes y líneas faciales para corregir las facciones mediante el maquillaje). Aprendió de sus maestros, se perfeccionó y trabajó para la agencia *Stock Models*, maquillando reinas como Paula Andrea Betancourt y Paola Turbay; presentadoras como Pilar Smith y Viena Ruíz, para eventos como el lanzamiento de la ropa *Guess* en Bogotá, un reinado en Cartagena y desfiles de prestigiosas marcas.

Si embargo, Ricardo seguía en su labor nocturna que terminaba en la madrugada cuando se iba caminando de la calle 95 hasta la 130, por toda la carrera 15, en busca de clientes, quienes al verlo solo o acompañado, parado en una esquina o sentado en la acera, le

pitaban desde todo tipo de vehículos costosos y Ricardo ofrecía sus servicios que oscilaban entre los \$ 50.000 y los \$ 100.000, y si pagaban de más el preservativo no era necesario. Como las noches bogotanas, especialmente en esos andares, saben a inseguridad y huelen a aventura, Ricardo cargaba como defensa propia un gas paralizante en *spray* que conseguía en cualquier San Andresito.

♦ Elisa positivo

Entre ese ir y venir de transpiraciones apasionadas y trastornados encuentros, Ricardo quiso estudiar. Presentó el examen del Icfes para poder realizar su sueño de ser profesor de educación física. Pero empezó a bajar de peso, a sufrir gripas que lo llevaron a tal recaída física que tuvo que asistir a la Secretaria de Salud Distrital, donde el 24 de enero de 1996 se realizó el temido examen Elisa; que si ahora ese virus despierta temores y lástima, hace 11 años producía algo más que repudio. Tuvo que esperar los quince días más lentos de su vida porque mientras la incertidumbre acababa con el pedazo de conciencia que le quedaba, el dolor físico era insoportable. La Secretaria de Salud Distrital le asignó una psicóloga durante esas dos semanas, que le realizaba sesiones con el fin de que aceptara cualquier nefasto resultado.

Cuando supo que tenía una infección en la sangre, lo primero que pensó fue: *“Se me acabó el mundo, la vida llega hasta aquí”*. Consumió diferentes tipos de medicamentos, como un cóctel que se preparaba con 28 píldoras, que al parecer no lograron hacer ni mucho ni poco porque durante los trece meses que prevaleció la enfermedad sufrió dos infartos cardiacos, uno de ellos en el coliseo El Campín, en medio de una reunión evangélica a la cual asistía de vez en cuando. Empezó a sentir un fuerte apretón en su pecho e inmediatamente se desmayó; cuando recobró el sentido estaba en reanimación en el Hospital San Ignacio. El otro ataque fue camino a una cita médica, cerca al mismo hospital de la Javeriana, y se despertó en una habitación aturdido por el chillido del 'monitor signal'. Además, padeció una neumonía, hepatitis de todos los colores —la A, B y C— y sarcomas de Kaposi, llagas de sangre que sólo afectan a un tercio de la población con el VIH, las cuales erupcionaron en su boca, lengua, manos, pies y espalda. Le dolía cada hueso y coyuntura de su trajinado cuerpo con punzadas agudas y profundas.

Ricardo se dio por vencido y entendió que nada lo iba a curar y que si fuera posible prolongar en algo su existencia no tenía sentido. Todos los que consideraba amigos se esfumaron porque durante su éxodo inmunológico sólo estuvieron presentes su mamá y su ahora cercana familia. Levantó los ojos al cielo, y preguntándose por la existencia de ese ser superior al que llaman Dios, decidió evocarlo. Se sentó en un mueble y pasó cuatro meses sin poder moverse, aguardando la muerte. Ese hombre vanidoso, alto y atlético, ahora pesaba 30 kilos; se estaba desintegrando física, mental y espiritualmente. Entonces encontró una Biblia en su casa, que era de su mamá, y la empezó a leer hasta que su proceso de divina curación fue completo. A Ricardo nadie lo llevó a una iglesia, pero le bastó con tener

una comunión íntima con Dios que, según él, se logra con una suma de oraciones y una tormenta de lecturas bíblicas.

Y parece que las oraciones y lecturas dieron resultado. Ahora mis perplejos dedos sostienen uno de sus exámenes definitivos, el *Western Blot* o de inmunoelectrotransferencia, de la división de apoyo epidemiológico de la misma Secretaría de Salud Distrital, donde está escrito en letra pequeña pero legible el serial 3001-322 y las iniciales R.P o Ricardo Pinzón, con un criterio de interpretación donde aparecen tres casillas —positivo, negativo, indeterminado—, de las cuales está tachada la última. La fecha es del 8 de febrero de 1997. Al ver este examen la doctora, la psicóloga y la bacterióloga le dijeron a Ricardo con tono despectivo, que su 'indeterminado' significaba que había padecido el infeccioso virus, porque su Elisa lo certificaba, pero que estaba escondido en lo que llaman una 'ventana inmunológica'. Y desde entonces el virus no se ha asomado.

♦ La nueva “fuente de vida”

Otro *test* es una foto familiar en medio de una celebración de cumpleaños, donde aparece un hombre de 1.80 metros de estatura, delgado, con rasgos fuertes y algo calvo, acompañado de una mujer con cabello lacio y rojizo, que es su esposa. También hay una niña de siete años junto con su hermana, una adolescente de 15 años muy parecida al hombre calvo que está a su lado derecho, su papá: Ricardo.

Rocío conoció a Ricardo gracias a su hermana, que estudiaba con él. Vivieron en unión libre por tres años, los que Rocío y su hija mayor esperaron con gran impaciencia, hasta que se casaron después de la curación de Ricardo, convencido de su decisión. Lo hicieron hace 12 años en la iglesia evangélica Misión Carismática Internacional, donde Ricardo era miembro activo. Pero hace dos años abandonó su carismática casa matrimonial debido a la presión que sentía para conseguir almas secas y vacías: lograr la meta de 24 personas al mes, para un hombre como él —en proceso de acomodación emocional— era una carga descomunal.

Inmunodeficiencia del milagro cuando las ovejas —que son alrededor de 100—, de la iglesia Fuente de Vida, ubicada en el segundo piso del afamado comercio de San Andresito de la 38, se apretujan los domingos en la mañana para escuchar las prédicas de su pastor, con el fin de eliminar alguna simple gripa o hasta a un cáncer. Ricardo fundó y dirige esta iglesia, que cuenta con unos grandes ventanales transparentes cuyos costados soportan la aglomeración de feligreses, todos en sus sillas blancas Rimax sobre un piso de baldosas blancas. Ellos atienden entusiasmados desde hace dos años las parábolas de su pastor, Ricardo, porque el llamado de Dios es irrevocable; ese llamado es la sensación de una impaciencia espiritual y una sed de deuda celestial. En esta iglesia, que abre sus puertas los domingos, jueves y sábados, también se han producido milagros muy variados, como el de una señora de elevada edad, que había sufrido un mes atrás una trombosis y a mitad

de una oración al unísono, se paró de su silla de ruedas y caminó a tientas, según cuenta el pastor.

Aunque a Ricardo no le falte su desayuno bíblico, me confiesa que todavía se le presentan tentaciones paganas —a pesar de que ya ha desechado por completo las ganas de Quipitos, inclinadas al deseo sexual por los hombres—, de las cuales desiste por amor a Dios y por respeto a su familia y, por supuesto, a su iglesia. Actualmente no se dedica sólo a realizar charlas —que prepara en su blanco computador marca Compaq—, también cada vez que su agenda se lo permite viaja a ciudades venezolanas, como Valencia o Caracas, donde visita iglesias evangélicas y dicta conferencias que basa en su propia experiencia de recuperación.

Cuando se le pregunta por una frase que pueda definir su presente, afirma sin vacilación: *"Hijo de Dios"*, porque es lo único que tiene claro. Si él hubiera tenido la opción de elegir su pasado lo omitiría totalmente, aunque según él y la sagrada escritura, finalmente: *"Todo obra para bien"*.